

Domingo XII del Tiempo Ordinario Ciclo B

Job 38, 1.8-11; 2 Co 5, 14-17; Mc 4, 35-41

Andamos por esta vida como en barcas que a veces van navegando bien, sin mayor problema... cuando vamos por aguas tranquilas. Sin embargo, los problemas se presentan cuando la navegación se hace difícil, por las tempestades y tormentas propias de la vida de cada uno.

Y en esos momentos de navegación difícil comenzamos a flaquear y a temer. Nos pasa lo mismo que sucedió a los Apóstoles en el Evangelio de hoy, el cual nos narra el conocido pasaje de la tormenta en medio de la travesía de una orilla a otra del lago: *"se desató un fuerte viento y las olas se estrellaban contra la barca y la iban llenando de agua"* (Mc. 4, 35-41). Sucede que Jesús iba con ellos en la barca. Pero ¿qué hacía el Señor? ... *"Dormía en la popa, reclinado sobre un cojín"*. Fue tan fuerte la borrasca y tanto se asustaron, que lo despertaron, diciéndole: *"Maestro: ¿no te importa que nos hundamos?"*.

Nos sucede lo mismo a nosotros. Cuando estamos navegando bien, aparentemente sin problemas, sin tempestades, tal vez ni nos acordamos de Dios. Pero cuando la travesía se hace difícil y vienen las olas turbulentas, pensamos que Jesús está dormido y que no le importa la situación por la que estamos pasando. Tal vez hasta lo culpemos de lo que nos sucede y hasta le reclamemos indebida e injustamente. A los Apóstoles los reprendió por eso. Podría reprendernos también a nosotros.

En este pasaje Cristo muestra a los Apóstoles el poder de su divinidad. Con una simple orden divina, el viento calla, la tempestad cesa y sobreviene la calma.

Pero sucede que ahora, salvados de la tormenta que amenazaba con hundirlos, surge en ellos un nuevo temor. *"¿Quién es éste, a quien hasta el viento y el mar obedecen?"* Se quedan atónitos del poder del Maestro. Ya ellos habían sido testigos de unos cuantos milagros de Jesús. Quizá hasta el momento habían pensado que era un gran Profeta o simplemente alguien muy especial. Pero de allí a ver a la naturaleza embravecida obedecerle así...

Y ese Jesús, que ha mostrado un poder que sólo Dios tiene, les dirige unas preguntas que tienen sabor de reclamo: *"¿Aún no tiene fe? ¿Por qué tenían tanto*

miedo?” Es como si les dijera: ¿No les ha bastado ver los signos que he hecho ante ustedes? ¿No se dan cuenta aún de Quién soy? Sólo Dios puede dar órdenes al viento, a las olas y a las tempestades. Por eso quedan con temor, atónitos, de ver el poder divino actuando delante de ellos y, además, reclamándoles su falta de fe.

Entonces, en la Liturgia de hoy, estamos siendo testigos, junto con Job y los Apóstoles, de la omnipotencia divina. Job la palpa en una visión desde la cual Dios le habla. Y los Apóstoles la ven manifestada, nada menos que en Jesús, el Maestro, con quien viven día a día.

La Primera Lectura (*Job. 38, 1.8-11*) es la respuesta de Dios a los reclamos, lamentos y preguntas que Job le hacía, motivado por sus infortunios, sus sufrimientos y las pérdidas que había sufrido en su familia, su salud, sus bienes. Nos dice esta lectura que Dios habló a Job desde la tormenta y le mostró su poder con respecto del mar. Dios se muestra como dueño de la creación, como señor del mar al que le puso límites: *"Hasta aquí llegarás, no más allá. Aquí se romperá la arrogancia de tus olas"*.

Con esto, Dios da a entender a Job, y a todos nosotros, que no podemos osar discutir con Dios, ni reclamarle. En subsiguientes capítulos, Job termina por retractarse y acepta el señorío de Dios. Por cierto, en el Epílogo del Libro de Job vemos que Dios le restituye *"al doble"* todos sus bienes materiales, familiares y de salud. La actitud de Job es de sumisión y resignación. En ese sentido sigue siendo un ejemplo para todos nosotros.

Sin embargo, la actitud del cristiano debe superar la de Job. A la sumisión al poder divino, debemos añadir nuestra plena confianza en lo que Dios tenga dispuesto para nuestras vidas: tempestades o calma, alegría o sufrimientos, carencias o plenitudes. Todo lo que Dios disponga, sabemos, es para nuestro mayor bien: nuestra salvación eterna. Así confiados, estaremos serenos en las tempestades, alegres en los sufrimientos, plenos en las carencias.

Viviendo así, creyendo así, actuando así, estamos cumpliendo con lo que nos dice San Pablo en la Segunda Lectura (*2 Cor. 5, 14-17*): *"El que vive en Cristo es una creatura nueva; para él todo lo viejo ha pasado. Ya todo es nuevo"*. Enfocar así las desventuras, sufrimientos y carencias significa "vivir en Cristo" y "ser creaturas

nuevas". Y ser "creaturas nuevas" significa no turbarse ante las tribulaciones y sufrimientos, sino andar en plena confianza en Dios. Sólo El sabe lo que nos conviene.

Pero... ¿somos creaturas nuevas o creaturas viejas?

¿No podría el Señor mostrarnos toda su omnipotencia como a Job, después de sus cuestionamientos y protestas? ¿No podría el Señor reclamarnos a nosotros también, como reclamó a los Apóstoles después de calmar la tormenta? ¿Qué hacemos ante los sufrimientos, los peligros, los inconvenientes, las tempestades que se nos presentan en nuestra vida personal, familiar o nacional?

¿Confiamos realmente en el poder de Dios? ¿Confiamos realmente en lo que Dios tenga dispuesto para nuestra vida: sea calma o sea tempestad? ¿O creemos que debe despertar y hacer un milagro, para que las cosas sean como nosotros consideramos conveniente? ¿No llegamos a creer, inclusive, que no le importa lo que nos suceda? ¿Realmente duerme el Señor?

¡Qué débil es nuestra fe! Débil, como la de los Apóstoles en ese momento. Nos olvidamos que Dios está siempre con nosotros, y –aunque aparentemente dormido– está al mando de la situación. El guía nuestra barca en medio de tempestades y tormentas, en una presencia escondida y silenciosa, como la del Maestro dormido en la barca.

No hace falta que haga milagros, aunque estemos en medio de una tempestad. ¡No tenemos derecho a reclamarle milagros! El gran milagro es que El nos lleva sin ruido, en silencio, a escondidas a través de olas borascosas cuando hay tempestades. Pero también está presente cuando todo parece tranquilo, cuando parece que no tuviéramos necesidad de El, pues todo como que anda bien.

Sea en la tormenta, sea en la calma, Dios está presente. Y El desea que nos demos cuenta de que está allí, presente en la vida de cada uno de nosotros, esperando que nos demos cuenta de su presencia silenciosa. En todo momento, sea de tempestad, sea de calma, el Señor está derramando sus gracias para guiarnos por esta vida que es la travesía que nos lleva a la otra: la Vida Eterna.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoleidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)